

cender la llama que creíamos del todo apagada, pues que, teniendo más años de vivir en México que en nuestra querida España, sentimos un verdadero afecto hácia los habitantes de un país que siempre nos han tratado con la mayor deferencia, y en los cuales nunca hemos visto otra cosa que verdaderos hermanos. Por lo demás, tanto al señor Esteva, como al director de la *Iberia*, les pedimos mil perdones por habernos entrometido en una cuestión que ellos pueden dilucidar muchísimo mejor que nosotros.

«Cosamaloapan, 4 de Junio de 1871.—*Donato Marques.*»

(LA *IBERIA* de 13 de Junio.)

## CUESTIONES HISTÓRICAS.

### XIV.

OJEADA SOBRE LA CONQUISTA, LOS CONQUISTADORES,  
EL GOBIERNO COLONIAL, ETC., ETC.

Pago de una deuda.—Lo que se dirá en las edades futuras del origen de los mexicanos.—Los aztecas conquistadores como los españoles.—Nadie ataca á los primeros; no necesitan defensa.—Ataques á los segundos.—Rara posición nuestra.—Dicho de Chateaubriand.—El descubrimiento de América.—Derecho de conquista.—La Bula del Papa.—Los españoles detras de los aztecas y de los ingleses.—Lo que decian los cronistas para justificar la conquista.—La religion.—La Providencia ó el destino.—Alcurnia de los descendientes de españoles en América.—Peligros de los viajes marítimos.—Los de hoy.—Comparaciones.—Las carabelas y el "Great Eastern."—Ambicion de gloria y de riquezas.—Expediciones de sublime extravagancia.—Horribles penalidades.—Nuevas comparaciones.—Ilustre prosapia de la raza española de América.

Tenemos una deuda con nuestros lectores. Les ofrecimos la última vez que hablamos de cuestiones históricas, decir sobre ellas una palabra más, con el propósito de que por ahora fuera la última. Dolorosos cuidados nos han impedido cumplir antes aquella oferta; y aunque sea tarde y mal, vamos á cum-

plirla ahora. Hemos de hacerlo sin pretensiones de ninguna especie, porque para un trabajo serio y formal no tenemos todavía la conveniente holgura de tiempo ni de espíritu. Vamos pues á escribir lo que buenamente nos ocurra, exponiendo sencillamente algunos hechos que nos sugiera la memoria y haciendo sobre ellos las apreciaciones que nos dicte la conciencia, sin plan, ni concierto, ni estudio, como si fuera esto una conversacion familiar con nuestros amigos. Pedimos perdon por ello al grave asunto que va á ocuparnos, y se le pedimos tambien á los que buscan, con razon, algun método en los escritos que se dan á la prensa, aunque sea en los periódicos.

En las edades futuras, cuando amalgamadas ya las dos razas que hoy pueblan á México, se escriban artículos ó leyendas sobre el origen de los mexicanos que vivan entonces, no será bueno que se les dé por hijos de facinerosos como los romanos antiguos; mejor será que se diga que descienden de dos razas heróicas y buenas aunque conquistadoras ambas: la azteca, que vino del antiguo Aztlan, y la hispana, que vino de la antigua Iberia.

Para que los literatos y los poetas futuros puedan decir esta verdad, es necesario exponerla conforme á los datos que ministra la historia, y es necesario tambien combatir las inexactitudes que una desgraciada preocupacion ha dado á luz durante los últimos cincuenta años.

Los aztecas, lo mismo que los bárbaros que conquistaron en la edad média la Europa meridional, vinieron tambien de las regiones del Norte, del país que citamos antes; y al cabo de una larga peregrinacion llena de incidentes poéticos, y de fundar en su tránsito poblaciones que todavía subsisten en pie ó en ruinas, llegaron por fin á esta tierra de Anáhuac, donde se establecieron, cumpliendo la órden de sus oráculos, despues de vencer en sangrientas batallas á los aborígenes que aquí vivian.

Andando el tiempo, los aztecas fueron conquistados á su vez por los españoles, no sin costar tambien aquella conquista terribles batallas y copioso derramamiento de sangre.

Vemos pues que los mexicanos actuales deben á dos conquistas la dicha de serlo: los unos á la conquista de los aztecas, y los otros á la conquista de los españoles.

Nadie ha escrito jamás una palabra contra los aztecas por su conquista, y eso que exterminaron á los conquistados; y menos aún le ha ocurrido jamás á ninguno de sus descendientes maldecirlos por ello. Los aztecas pues no necesitan ser defendidos.

Contra los españoles se ha escrito mucho por su conquista y por lo que hicieron despues de ella, y eso que conservaron y trataron paternalmente á los vencidos; y no pocos de sus descendientes han hecho alarde de despreciarlos y aborrecerlos, acusán-

dolos de bandoleros y de malvados. Hay pues necesidad de defender á los españoles.

No deja de ser raro, mirado bien el asunto, que nosotros hayamos emprendido y continuemos esta defensa, siendo en ella los menos interesados. Es verdad que, como españoles, tenemos interes en que se reconozcan las glorias de la conquista, porque de España vinieron los conquistadores; pero como nosotros no somos sus descendientes, sino los que los atacan, de estos es en realidad el principal interes, el interes directo, la obligacion natural de salir á su defensa. Lo contrario sucede sin embargo, y los papeles están trocados entre ellos y nosotros. Ellos atacan á los conquistadores, y nosotros los defendemos: ellos se empeñan en que sus padres eran unos foragidos, y nosotros estamos empeñados en demostrar que fueron nobles y buenos, y muchos de ellos unos héroes.

Lo primero que hay que hacer para defenderlos, es colocarlos detrás de los aztecas para que estos les sirvan de escudo. Contra los aztecas, aunque fueron conquistadores y exterminadores, no se dice nada, ni se les disputa el derecho con que poseyeron la tierra. No es pues justo negársele á los españoles ni condenarlos por haber hecho á su vez lo mismo que los aztecas, aventajándolos sin embargo en la circunstancia de que no exterminaron á los vencidos.

Recordamos haber visto en una de las obras de

Chateaubriand un pensamiento original y bello como todos los suyos. « Si los indígenas de América, dice, hubieran tenido tiempo para desarrollar su civilizacion, ¿quién sabe si hubiéramos visto arribar un dia á nuestras playas algun Colon americano que viniese á descubrir el Antiguo Mundo? » Cabia esto efectivamente en lo posible; pero la Providencia lo dispuso de otro modo, dando á Colon la gloria de descubrir el mundo nuevo, y á España la de que lo hiciera por ella, para ella y con españoles. El que lea la vida y los viajes de Cristóbal Colon por Washington Irving, quedará enamorado de la grandeza y la poesía de aquella asombrosa hazaña; y el que contemple un momento sus magníficos resultados, verá con lástima á los que dicen (son muy pocos por fortuna) que el inmortal descubrimiento fué una desgracia para la América.

Los descubridores se establecieron en las tierras que descubrian. ¿Con qué derecho? No es fácil dar hoy razones *á priori* para explicarlo de manera que quedemos convencidos; pero fué con el mismo derecho que tuvieron los francos para quedarse en Francia, los hunos en Hungría, los godos en España, los sajones y normandos en Inglaterra, los aztecas en México.

Algunos se han burlado grandemente de la famosa bula del Papa, que repartió entre los españoles y los portugueses las tierras del Nuevo-Mundo. Bien: convendrémos en que la bula no valia nada;

pero convengamos tambien en que si no tenia la virtud de crear un derecho, tampoco podia tener la de destruirle. No necesitaron bula del Papa los ingleses para venir á la América del Norte, y establecer allí sus colonias, poblarlas y poseerlas como suyas. El no tener bula no dió derecho á los ingleses; el tenerla no se le quitó á los españoles.

Pongamos pues á estos detrás de los ingleses, así como antes los pusimos detrás de los aztecas, para que les sirvan de escudo. No dirán nuestros adversarios, si es que todavía los tenemos en estas cuestiones, que los molestamos con impertinente quijotismo, puesto que no podemos ser mas humildes; y eso que los españoles nunca han estado detrás de nadie en niaguna parte, y mucho menos en América, donde ellos han demostrado siempre esta verdad, desde Cortés hasta Prim. Tal es sin embargo la posicion en que por un momento nos colocamos, porque queremos decir á los que nos repliquen: reparad que estamos detrás de los aztecas y de los ingleses; negadles pues á ellos el derecho de conquista, ó concedédsele á los españoles; y tened entendido que si negarnis lo primero por no conceder lo segundo, os echariamos encima á todos los descendientes de Xolotl y de Smith, incluso las sombras de Guatimotzin y de Washington.

En otros siglos de cándida fe y de sencilla piedad era fácil justificar la conquista de América:

con decir que ella habia destruido la idolatría y establecido la religion cristiana en el Nuevo-Mundo, estaba dicho todo. Los primeros cronistas solian pintar con vivos colores el triste estado social de los aborígenes bajo sus antiguos gobiernos, y las ventajas que la conquista les habia proporcionado. Decian que antes eran esclavos, y despues fueron libres; que estaban sometidos á la doble tiranía teocrática y civil, y expuestos á ser sacrificados en las aras de sus crueles divinidades, y que la conquista rompió sus cadenas y los libertó de sus sacrificadores; que antes cultivaban tierras que no eran suyas, para sus caciques y sus ídolos, y sufrían hambres, miserias y fatigas, y despues fueron propietarios, y tuvieron animales que les ayudaran á labrar la tierra, que hicieran los trasportes y les sirvieran de alimento; que ignoraban muchas de las artes y oficios que hacen dulce la vida, y los aprendieron despues. Los cronistas enumeraban además minuciosamente los animales domésticos, las semillas, los árboles frutales, las herramientas, las máquinas y todos los demas objetos que los conquistadores trajeron al Nuevo-Mundo para crear en él las ciencias, las letras, la industria y las artes del mundo antiguo; y despues de aquella prolija enumeracion que no podemos hacer nosotros ahora, y con la cual demostraban que la condicion de los indígenas habia mejorado con la venida de los europeos, decian que sobre todo, aquellos ha-

bían logrado el bien inapreciable de la religion verdadera; á lo cual nada tenían que replicar los hombres de aquellos tiempos, ni siquiera el obispo Las Casas que tanto ponderó y tan acerbamente condenó los horrores de la conquista.

Hoy es otra cosa. Hoy dicen algunos que precisamente el gran mal de la conquista fué traer á México la religion cristiana; y aunque nosotros creemos que no están en lo justo los que tal dicen, basta que lo hayamos oído alguna vez, para que nos abstengamos por ahora de alegar aquella circunstancia como justificacion de las grandes empresas que á principios del siglo XVI realizaron los españoles en América. Dirémos pues, que fueron el cumplimiento de esa ley de las transmigraciones y evoluciones que en todo el curso de la historia humana, así en el antiguo como en el Nuevo-Mundo ha hecho que se sucedan unos á otros los pueblos y las razas en la posesion de las tierras; de aquella ley providencial ó fatal que hizo que esta tierra de Anáhuac fuese ocupada sucesivamente por los toltecas, los chichimecas y los aztecas, viniendo á ser conquistados á su vez los que habian sido conquistadores.

Los que creen en la Providencia, nada pueden decir contra la conquista si fué obra providencial: los que no creen en esto, nada pueden decir tampoco, si fué obra de la fatalidad, del destino ó del hado.

Echemos ahora una mirada á la alcurnia de los nacidos en América, que llevan en sus venas sangre española. Valian algo sus antepasados, por más que se diga: necesitaban tener cuerpos de hierro, almas de bronce y corazones de diamante para hacer lo que hicieron y arrostrar los infinitos peligros que encontraron.

Figurémonos por un instante los terrores que inspiraba en aquel siglo la inmensidad del Océano. Ni los mas atrevidos navegantes habian osado antes de aquella época alejarse de sus orillas. Mil preocupaciones colocaban en él todo lo que la imaginacion habia inventado hasta entonces de terrífico y de espantoso. Creíase que en su interior se levantaban montañas altísimas de espumantes olas, en cuyas faldas zozobraban los buques; que si escapaban de esto, eran sorbidos por inmensas vorágines, ó tragados por horrendos monstruos marinos: y como si esto no bastara para aterrar á los mas animosos, una supersticion de la época imaginaba extendida sobre la soledad del Océano la mano negra de Satan, pronta siempre á hundir las naves, durante las tinieblas de la noche, en sus profundos abismos.

Aunque estas eran preocupaciones y supersticiones, era verdad sin embargo que la navegacion del Atlántico ofrecia entonces infinitos riesgos, y los primeros viajes de Colon no habian hecho mas que demostrarlo. Furiosas tempestades acometian á los

marinos cerca de las ignoradas costas y entre las islas. Las relaciones de los primeros viajeros están llenas de naufragios y de catástrofes. El mismo Colon fué arrojado por una de aquellas borrascas á una isla desierta, donde estuvo muchos meses separado del resto del mundo y de los hombres. En suma, un viaje al través del Atlántico se consideraba entonces tan peligroso, que los que le emprendían, se preparaban como si emprendieran el viaje á la eternidad.

Todo lo arrojaron y todo lo vencieron los descubridores y conquistadores; y apenas se puede hoy comprender todo el valor, el esfuerzo y la energía que para ello necesitaron. Hoy (gracias á ellos que dieron las primeras nociones) se conocen todas las playas, todas las islas, todas las distancias, todos los derroteros, todos los escollos, todas las corrientes, y hasta casi hay reglas para conocer cuándo han de estallar las tormentas y los huracanes. Hoy ese Atlántico tan desconocido y pavoroso entonces, es como un lago por donde se va y se viene, reloj en mano, para acudir á una cita dada de uno á otro hemisferio, y los citados se encuentran á la hora señalada, sin discrepar un minuto, en Lóndres, en Nueva-York, en Madrid ó en México. Hoy se navega por ese lago por solaz y por placer, en esos palacios flotantes donde se encuentran todo el lujo, el refinamiento y la molicie que pueden ofrecer los palacios de los reyes.

¡Qué diferencia entre estos viajes y los de los conquistadores de América! Ellos se lanzaban al inmenso mar sin saber cuándo llegarían á la opuesta orilla; y lo hacían en unas cáscaras de nuez que apenas servirían hoy para navegar en las lagunas de México. Sus carabelas estaban tan destituidas de comodidad, que ni cubierta tenían algunas, y muchas eran tan pequeñas que no llegaban á cien toneladas, y más de doscientas de ellas cabrían hoy en las bodegas del *Great Eastern*.

¿Adónde iban aquellos hombres en tan diminutos esquifes? Ni ellos mismos lo sabían. Buscaban lo desconocido: iban á rasgar los velos misteriosos de aquel mar plagado de negros abismos, y de aquella tierra que era también mansion de espantos y de temerosas fábulas: querían saber si era verdad la existencia de los monstruos marinos, para luchar con ellos; querían luchar también con los vestiglos que guardaban los tesoros de la nueva tierra. Las extrañas aventuras, la grandeza de los peligros, la vista de la muerte en sus más terríficas formas, tenían para ellos un irresistible encanto. Nunca la ambición de gloria había buscado, para saciarse, más fantásticos caminos, ni jamás el deseo de las riquezas se había asociado tan noblemente á la ambición de gloria. Todo era fantásticamente colosal en aquellos magníficos aventureros, y hasta sus ojos estaban extrañamente perturbados con el idealismo que embargaba sus imaginaciones. Vieron de plata

los edificios de Zempoala, vieron de oro los palacios de los Incas; de oro les parecieron las estériles sieras de lo que llamaron Castilla del oro; y aspirando siempre á realizar las fábulas de la mitología, como los sueños de la caballería andante, vieron Amazonas y gigantes en las orillas del Plata y en la tierra de Patagonia. Por eso solian emprender expediciones de una extravagancia sublime. Ya iban en busca de la fuente de la juventud, ya buscaban el Gran Catay, ya los palacios de oro del Preste Juan, ya rivalizaban con Jason marchando en busca del nuevo Vellocino.

¡Cuánto sufrieron aquellos hombres con sus empresas de titanes! Vestíanse la armadura en Palos ó en Sevilla, y no se la volvian á quitar sino cuando se les caía á pedazos al pié de los Andes ó del Popocatepetl. Se estremece uno leyendo en las antiguas crónicas la aspereza de los trabajos y lo terrible de las inclemencias que soportaban. Bernal Diaz del Castillo se acostumbró tanto á ellas, que nunca volvió á dormir en cama despues de la conquista de México, y lo decia él á la edad de ochenta años que fué cuando escribió su historia. La mayor parte de ellos perdieron la vida, tragados por las tempestades, devorados por las fieras, helados en las cumbres de los montes ó abrasados en el fondo de los valles americanos; pero ¡qué historia tan magnífica la suya entre las historias de los grandes hechos que han acabado los hombres.

En nuestros dias hemos visto con asombro las expediciones del coronel Fremont (hoy general) desde el Missouri hasta el Pacífico, al través de los desiertos que ya recorre el gran ferrocarril americano: pero ¿qué comparacion pueden tener con ninguna de las de la época prodigiosa á que nos referimos? ¿Quién es capaz de hacer hoy lo que hicieron los compañeros de Soto despues de sepultarle en el Mississippi, que bajaron el rio en una especie de balsa y llegaron en ella hasta Pánuco? ¿Quién hace lo que Gonzalo Pizarro en su terrible expedicion por las orillas del Napo y del Amazonas? ¿Y dónde se ha visto hazaña como la de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, que con tres compañeros, resto de seiscientos hombres, anduvo desde la Florida hasta Sonora, luchando dia y noche, durante diez años, con las inclemencias, con el hambre, con la naturaleza, con los salvajes y con las fieras?

Basta lo dicho para que se vea que los conquistadores de América valian algo. Su descendencia no tiene por qué avergonzarse de esta alcurnia, y más bien debe gloriarse de proceder de aquellos seres extraordinarios, que conquistaron como héroes, civilizaron como apóstoles y cantaron como poetas las tierras en que han nacido los americanos que llevan en sus venas sangre española.

(LA IBERIA de 15 de Julio de 1871.)